

- y Martín Corrales, Eloy. *La Conferencia de Algeciras en 1906: Un banquete colonial*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2007.
- Laguna Platero, Antonio. *Historia del periodismo valenciano*. Valencia: Generalitat Valenciana, 1990.
- Laguna Platero, Antonio. *Història de la Comunicació. València, 1790-1898*. Valencia: Aldea Global, 2001.
- Martín Corrales, Eloy. *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2002.
- Pizarroso Quintero, Alejandro. *Historia de la prensa*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1994.
- Roldán González, Enrique. *Un corresponsal en España. 50 Crónicas de la Tercera Guerra Carlista*. Madrid: Actas, 2009.
- Seoane, María Cruz y María Dolores Saiz. *Cuatro siglos de periodismo en España*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.

REVISTAS

- Brines Blasco, Joan. "La difusión del periodismo en el País Valenciano (1909-1938)". *Anales de Historia Contemporánea* 18 (2002): 355-382.

HEMEROGRAFÍA

BIBLIOTECA VALENCIANA

- La Correspondencia de Valencia*, años 1907, 1908 y 1909
- Las Provincias*, 1916
- El Mercantil*, 1916

BIBLIOTECA NACIONAL

- La Correspondencia de España*, 1909
- La Época*, 1909
- El Liberal*, 1909
- Heraldo de Madrid*, 1910

HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

- El Noticiero Sevillano*, 1893 y 1906

HEMEROTECA DE LA VANGUARDIA

- La Vanguardia*, 1916

HEMEROTECA DE

- ABC*, años 1911 y 1915

Sobre Concepción Arenal y sus cuadros de la guerra¹

SUSANA GIL-ALBARELLOS PÉREZ-PEDRERO
Universidad de Valladolid

Una de las figuras más destacadas entre los pensadores e intelectuales españoles del siglo XIX es la escritora Concepción Arenal, cuya labor ha sido y es reconocida por los diferentes ámbitos científicos, culturales y sociales en los que participa de manera activa. Conocida como gran penalista y socióloga, sus principales inclinaciones intelectuales se desarrollan en tres frentes fundamentales: la causa obrera y en general la pobreza, el sistema penal y su reforma, y la mujer y su situación. En el análisis y propuestas de reforma en estos tres campos se desarrolla su actividad intelectual y se desenvuelve su bagaje vital. Aun admitiendo que por distintas causas, a veces de carácter interesado, se le haya catalogado dentro de cierto feminismo (a menudo algo simplificado), hay que señalar que es por la defensa de los penados y de los pobres por los que su labor se va a ver ampliamente valorada en Europa ya en su época, conocida a través de los múltiples escritos en los que expresa sus ideas acerca de la necesidad de acometer reformas en la justicia, y de auxiliar a los enfermos y desamparados en aras a construir una sociedad más justa. La figura de Concepción Arenal destaca hoy como una intelectual de inteligencia sobresaliente cuya labor sobrepasa las fronteras de nuestro país y cuyas huellas son todavía perceptibles.

De su biografía mucho se ha escrito, por lo que en estas líneas me limito a recordar lo más destacado. Nace en Ferrol el 31 de enero de 1820 y muere en Vigo en 1893; huérfana de padre a temprana edad, vive primero en Cantabria, posteriormente en Madrid y más tarde en Galicia. Casada en 1848 con Fernando García Carrasco, abogado y escritor, pronto enviuda, y aunque intenta sobrevivir en Madrid con sus colaboraciones en el periódico *La Iberia* —diario liberal de prestigio entre los sectores avanzados de la sociedad, en donde había publicado artículos que todos creían de su marido—, al ser rechazadas sus publicaciones por ser mujer se traslada a Potes con sus hijos. Allí entabla amistad con el músico Jesús de Monasterio, y entra como

¹ Este trabajo se realizó en el marco del Proyecto de Investigación "La crónica literaria de guerra en España (1859-2009): Origen, evolución y consolidación de un género" (FFI2010-15295).

colaboradora en las Conferencias de San Vicente de Paul que éste había fundado en Potes, organización dedicada a la ayuda de los enfermos y niños pobres abandonados. A partir de ese momento, Concepción Arenal comienza su verdadera labor en el campo de la solidaridad social con los necesitados, los presos y las mujeres.

Sus reflexiones sobre la realidad de la pobreza en todos sus aspectos son las que verdaderamente destacan de su personalidad y las que se ven mejor reflejadas en sus escritos y en obras como el *Manual del visitador del pobre*, que escribe en aquellos años (1863) y que se convertirá en Europa en la guía de las Conferencias de San Vicente de Paul. Por este camino de amparo a las múltiples necesidades del ser humano, la escritora encuentra su lugar para la vida y en la historia. Por otro lado, al ser nombrada en Madrid para el cargo de Visitadora de prisiones de mujeres, sus otras causas vienen a coincidir: por un lado, la realidad de los presos, por el otro, la situación de las mujeres. Posteriormente, en la cárcel de La Coruña, conoció el ambiente de las cárceles y de las reclusas, de la que salió una nueva obra, *Cartas a los delincuentes* (1865), donde ya aboga por la reforma del Código Penal. En este sentido, Concepción Arenal afirma que "el régimen de los establecimientos penales prueba el olvido de nuestro interés, de nuestros deberes y da vergüenza" (O.C. Vol X, 167).

En cuanto a sus convicciones religiosas, tantas veces discutidas, su catolicismo no impedía que considerase, como así lo muestran sus textos, que sólo la formación moral e intelectual de la sociedad podía combatir las diferencias sociales, pues solo con la apertura de las personas a la educación era posible desterrar la intransigencia, la pobreza y la desigualdad. Por eso se sintió cercana a los krausistas, especialmente a Azcárate y a Giner de los Ríos, en su ideario reformista en temas como la educación, la reforma penal y el impulso de la mujer, que ella ya había promovido en tantas ocasiones. Con todo, y a pesar de su reconocimiento actual en el ámbito de la defensa de la mujer y la necesidad de su instrucción, rechazaba su labor en actividades tan determinantes como la política o la justicia, en la convicción de que la mujer tenía su papel en el amparo a los necesitados y en la educación. Sus intentos tantas veces infructuosos de introducir principios humanitarios en el campo de la solidaridad con los necesitados frente al poder político le llevan a cierto desengaño, sobre todo en los últimos años de su vida, y es consecuencia de la lucha constante frente a una realidad que conoce, pero que rechaza.

Respecto a su legado, su obra escrita se presenta ante los ojos del lector e investigador actual ingente, y no en vano sus obras completas contienen de 23 tomos. Casi toda su producción gira en torno a esos tres ejes antes mencionados: la situación de las cárceles y presos junto a reflexiones y proyectos dentro del ámbito del Derecho Penal, con obras como *Examen de las bases aprobadas por las Cortes, para la reforma de las prisiones* (Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1869), o *Estudios penitenciarios* (Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1877); en segundo lugar, la situación de

los pobres y marginados, con textos como *La cuestión social. Cartas a un obrero y a un señor* (Ávila, Imprenta de la Propaganda Literaria, 1880) o *El pauperismo* (Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1897), y finalmente, la mujer y sus circunstancias, asunto en el que destaco textos como *La mujer de su casa* (Madrid, Gras y Compañía Editores, 1883) o *Estado actual de la mujer en España*, publicado en Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, t. XIX, en 1895. Es por este último tema, la situación de la mujer, por el que Concepción Arenal ha sido abanderada por diferentes círculos del feminismo durante el siglo XX, y este hecho con sus luces y sus sombras, ya que si bien es el argumento que en cierto modo ha permitido su visibilidad para el ámbito social y académico hasta la fecha, también, como antes señalé, es el asunto de la mujer el que ha sido utilizado para atribuir a Concepción Arenal el marchamo de un feminismo a veces muy pobre, que no fue tal ni en su vida ni en su obra. Abogaba, eso sí, por la igualdad entre hombres y mujeres, pero estuvo muy lejos del combate corrosivo en la reivindicación de la causa femenina. Creo, en definitiva, que fue una mujer comprometida con su tiempo, que vio las carencias de una sociedad, la del siglo XIX, convulsa en sus ideales, y muy cambiante en su desarrollo económico, político y social, cuya labor se inserta bajo el polémico rótulo, tantas veces discutido, de la "cuestión social" que se asienta en España en la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, junto a los principales temas referidos de la vida y la obra de Concepción Arenal, hubo otros asuntos que también ocuparon su atención y que han sido menos atendidos por la crítica. Me refiero en este apartado a su producción literaria, bastante desigual en sus resultados, así como a otro tipo de escritos en torno a diferentes cuestiones del momento que le tocó vivir. Y dentro de esta última sección sitúo el centro de este trabajo con el análisis de su libro *Cuadros de la guerra carlista*, redactado con motivo de la tercera guerra carlista, que fue publicando en la progresista y crítica publicación *La Voz de la Caridad* y que años después, en el año 1880, se publicó en Ávila, en la Imprenta de la Propaganda Literaria.

La Tercera Guerra Carlista tiene lugar entre los años 1872 y 1876, cuando vuelven a enfrentarse los partidarios de Carlos, pretendiente carlista con el nombre de Carlos VII, y los gobiernos de Amadeo I, de la I República y de Alfonso XII. Aprovechando el descontento ante el reinado de Amadeo I de Saboya, y con el Estado fracturado por la I República, proclamada en 1873, los carlistas aprovechan de nuevo para reivindicar los derechos dinásticos de Carlos VII. Los enfrentamientos tuvieron lugar en el País Vasco, Cataluña, Aragón, La Mancha y Levante. Derrotados los carlistas y su pretendiente cruzando la frontera terminó la tercera y última guerra carlista.

Desde el punto de vista cultural, la tercera guerra carlista ha sido muy literaria, como afirma Rújula "La tercera contienda es también una 'guerra literaria'" (59-63), y ha servido de referente para muchas obras literarias, entre las que destacan algunas de las más reconocidas de los escritores del 98:

Esta nueva confrontación entre carlistas y liberales aparece recreada de modo magistral por unos cuantos autores, que fueron niños de la guerra, y que evocan de forma más o menos lírica episodios de la contienda al calor de las nuevas fórmulas narrativas de principio de siglo. Se trata de Unamuno, Baroja o Valle-Inclán, cuyas novelas, *Paz en la guerra* (1897); *Zalacaín el aventurero* (1909) o *La trilogía de la guerra carlista* del último autor (*Los cruzados de la causa*, 1908; *El resplandor en la hoguera*, 1909; y *Gerifaltes de antaño*, 1909) constituyen muestras significativas de la nueva literatura de calidad en los primeros decenios del siglo XX. (Fermín Ezpeleta 35-46)

Se puede afirmar, en efecto, que ya la primera guerra carlista (1833-1840) suministró a los escritores un amplio repertorio de motivos vinculados a cierto idealismo nacional que sustentaba esta guerra, hasta el punto de que ha sido considerada la primera contienda civil, y esta línea se observará de nuevo en la tercera, que será recreada literariamente incluso antes de que lo hagan los autores representativos del 98, como lo demuestra la novela de Alejandro Sawa, *La sima de Igúzquiza*, publicada en 1888 y reeditada en 2011, después de no haberse vuelto a editar desde su publicación.

Al estallar la guerra carlista, Concepción Arenal es nombrada Secretaria General de la Cruz Roja de Madrid, en la sección de señoras, y directora del Hospital de Sangre en Miranda de Ebro, en el que atiende a heridos de ambos bandos, carlistas y liberales:

Por aquellos años se abrieron de nuevo las trincheras entre liberales y carlistas. El intento de entronización de la casa de Saboya, reavivó los derechos de D. Carlos al trono español. Comenzaba la Guerra Civil: "Ha sonado el grito más terrible que pueda salir de labios humanos; ha sonado el grito de ¡guerra!". Desde esta visión concebía Concepción Arenal a la guerra, guerra en la que desde su puesto en la Cruz Roja deseaba auxiliar con gran espíritu de generosidad a ambos bandos. (Pérez Montero 2002, 92)

Su "reclutamiento" en el ámbito asistencial durante la tercera guerra carlista se sustentó siempre sobre su propia personalidad, marcada por la entrega a los necesitados, en este caso heridos de guerra. En este sentido cuenta Francos Rodríguez, en páginas elogiosas hacia la autora, la siguiente anécdota (127):

Un día, allá por 1875, fué requerida Concepción Arenal para que formase parte de una Junta de señoras encargada de proporcionar recursos a los heridos de la Guerra Civil.
—¿Es, por supuesto, para los heridos de nuestro Ejército y del carlista? —preguntó.
—No —la dijeron—. Para los del Ejército liberal.
—Pues entonces no formo parte de la Junta, porque todos los soldados que se recogen del campo del combate merecen el mismo cariño.

Aceptado el encargo, afirma con su vida lo que manifiesta en sus escritos: "Las mujeres no deben ir a la guerra más que para curar a los heridos, no arrostrar la muerte

sino para salvar alguna vida" (O.C. vol. IV 97). En 1880, cuatro años después de finalizada la guerra, se publica el volumen en el que se recogen completos los veinticuatro cuadros de honda sensibilidad en los que la autora describe casos concretos que ilustran el sufrimiento que la guerra provoca en las personas anónimas, aquellas que sin quererlo se ven inmersas en el conflicto y que son, en definitiva, las grandes damnificadas. El libro, publicado por Tomás Pérez González para regalar a quienes se habían suscrito a la edición completa de las *Cartas a un obrero* y *Cartas a un señor* que Arenal había publicado en 1871 y 1875 respectivamente (Pérez Montero, 2002, 92), se llamará *Cuadros de guerra carlista*, y será publicado por La Propaganda Literaria en Ávila. Y se trata de cuadros, que de acuerdo a la definición de la R.A.E. en su novena acepción es una "descripción, por escrito o de palabra, de un espectáculo o suceso, tan viva y animada, que el lector o el oyente pueda representarse en la imaginación la cosa descrita". Arenal describe situaciones concretas de carácter dramático sucedidas a gente desconocida, especialmente a mujeres, cuya característica común es estar dotadas de emoción y de sincero dolor por el horror causado por la contienda.

La obligada observación de una primera lectura de este libro es su rechazo a la guerra, a cualquier tipo de guerra, siguiendo el pensamiento de su padre. En efecto, D. Ángel del Arenal presentaba la guerra en *Ideas sobre el sistema militar de la nación española*, (Madrid, 1820) como "una de las mayores calamidades que afligen a la especie humana", y en esta misma línea se expresa su hija, en términos de crueldad, absurdo e injusticia (Pérez Montero 15). En el prólogo a la edición de los *Cuadros de guerra carlista* de 1942, Luis Seoane resume las ideas de la escritora en torno a los variados temas que ocuparon su vida, y afirma que este libro "no es quizá uno de sus libros más valiosos, pero sí es uno de sus libros más tiernos y representativos y en el cual esta mujer se adelanta a otros humanistas que vendrán luego de terminado el siglo XIX" (15), y califica el texto de "alegato sencillo y popular".²

Es muy interesante constatar cómo, alejados formal y argumentalmente de las crónicas de guerra o de lo que los lectores esperan de un texto bajo tal membrete, en las que aparte de otros propósitos, la información es una finalidad primordial, los cuadros de Concepción Arenal se presentan como pequeñas escenas dramáticas que ilustran situaciones concretas acaecidas a personas también determinadas, dejando a un lado el relato del desarrollo militar de la contienda. Esta circunstancia convierte a este texto en un ejemplo válido de la permeabilidad con la que escritores y periodistas tratan de la guerra desde los orígenes de la crónica en el siglo XIX, y muestra a los lectores las posibilidades semánticas y lingüísticas que despliega el género literario que hemos llamado crónica de guerra.

² Todas las referencias a *Cuadros de la guerra carlista* seguirán la edición publicada en Renacimiento, en 2005.

Y por ello, de entre las posibilidades textuales que puede albergar la crónica de guerra, los cuadros son aquí el soporte idóneo para transmitir la estampa doliente de la amargura, y no en vano, estos cuadros de la guerra han sido puestos en relación con la sensibilidad que muestra la colección de grabados *Los desastres de la guerra*, que Goya termina en 1821 —año en el que nació la escritora—, y en cuya serie segunda el pintor retrata los efectos del horror y la violencia durante la Guerra de la Independencia (1808-1814). Y en este sentido, Arenal había escrito:

Siento no ser pintor, gran pintor, para consagrar mi genio a pintar todos los dolores que consigo lleva la guerra y hacerla tan odiosa y tan odiada como merece serlo. De ningún modo llenaría mejor el arte su misión elevada que generalizando y haciendo penetrar en los ánimos el horror a los combates sangrientos. (O.C., vol. XIX, 462-463)

Ya desde el primer cuadro, la autora explicita los mecanismos de construcción literaria por los que desarrollará su visión de la contienda, posición que se caracteriza por dos elementos básicos: en primer lugar, que es sumamente patética; en segundo lugar, que no hay en sus líneas una toma de partido por uno u otro bando, sino sólo contra la guerra. Su mirada recae principalmente en la situación en la que el conflicto armado deja a las mujeres y a los niños, y no dará información puntual del avance de las tropas de uno y otro bando; se trata por tanto de una visión más cercana y doméstica de la contienda. Por ello, su primer comentario se refiere al hecho de que el pan que los soldados necesitan, priva a las mujeres y sus hijos de sustento, con un lenguaje enfático exclamativo: “¡Los niños! ¡Pobres niños! Nada comprenden de aquel desastre; sólo saben que su padre se fue, que su madre llora, que unos hombres riendo se llevan el trigo de los graneros, el vino de las bodegas, el ganado del corral; y que cuando tienen hambre y piden les dicen que no hay” (25).

Y a continuación se dirige directamente a esos niños indicando los esfuerzos que lleva a cabo el hombre para consumir las guerras, en las que ellos mismos, de adultos, se verán inmersos produciendo el mismo daño. A partir de este primer desarrollo argumental toda la obra gira en función de ese mismo objetivo, demostrar el desastre que en los más débiles causa el afán humano por destruirse, y porque es fácil observar un clímax de cuadro a cuadro, el segundo relata el desmayo de una mujer con cuatro hijos cuando en la noche ve llegar el caballo de su marido sin jinete.

Sin embargo, Concepción Arenal en alguna de las escenas también es consciente de la labor de los soldados, de cuya situación se lamenta en numerosas ocasiones y se esfuerza por disculpar sus acciones, pues sólo cumplen órdenes. Así en el cuadro cuarto, que considero uno de los más significativos y conmovedores de todos cuantos conforman el libro, se relata un suceso de alto contenido patético en el que unos soldados muertos de sed ven llegar a una niña con un cántaro de agua y le convencen para rellenar el cántaro más veces y así dar de beber a todos; la niña accede tras infor-

marles de que su madre está enferma. Cuando termina su tarea no acepta el dinero que los soldados le ofrecen, pero sí les pide protección para su casa; finalizada la batalla van los soldados a cumplir su palabra y encuentran que la niña ha muerto por la explosión de una granada. Horrorizados y ateridos de dolor le hacen un solemne entierro en el que a falta de sacerdote, se les invita a rezar cada uno lo que sepa, y colocan en su tumba un epitafio que dice:

MARÍA

Niña de doce años,
criatura angelical
muerta por aquellos a quienes había hecho bien,
llorada por los que la mataron:
quienquiera que seas el que lea este epitafio,
maldice la guerra y predica la paz. (47)

Este cuadro es fundamental para entender la posición de Concepción Arenal ante el conflicto que relata, y sirve también para desplegar un lenguaje elaborado con la finalidad de dotar de emoción y sentimiento a su discurso, y en consecuencia, de mostrar al lector el sufrimiento que la guerra provoca y conseguir así su rechazo. Ya desde la presentación del suceso, escribe la autora un párrafo en estilo directo:

—Bien hacían nuestras pobres madres en llorar cuando les dijeron: Tu hijo es soldado. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado! Los paisanos se mueren de enfermedad; nosotros ¡de tantas cosas! de balazos, de cuchilladas, de hambre, de frío, de calor, de sed como ahora, y corriendo de seguro fuentes por aquí muy cerca. ¡No hay cosa tan terrible como ser soldado! (42)

En estas líneas hay una llamada de atención al sufrimiento de los soldados, pero también al de sus madres; se enumeran las múltiples causas por las que pueden fallecer, y además, se repite la frase “¡No hay cosa tan terrible como ser soldado!” que entre exclamaciones, enfatiza el discurso. La aparición de la niña con el cántaro se produce en un huerto de coles, e inmediatamente se nos informa mediante un diálogo de su nombre: María. De esta manera, la autora personaliza el horror y lo acerca al lector, no se trata de una niña cualquiera, es María para los lectores, que se muestra como una niña obediente, que cuida de su madre, y a la que los soldados vitorean con expresiones que relajan por un momento el dramatismo posterior: pichona, salada, querida, hermosa. Otro detalle se produce al prepararse los artilleros para la batalla, cuando el jefe les advierte de que no estropeen las coles del huerto de María, elemento que parece insustancial en un momento de gran tensión como ese, pero que la escritora introduce para, en la medida de lo posible, humanizar el comportamiento de los soldados. Finalmente el desenlace, prueba de honor de los artilleros que cum-

plen su palabra con la niña, acudiendo a su casa como habían prometido, y cierre trágico con la muerte y entierro de María, en el que se detalla el sonido estremecedor de la tierra sobre el ataúd. Por todas estas características señaladas, este cuadro cuarto, de apenas tres hojas, sintetiza de manera muy clara la posición de Arenal ante la guerra, el sufrimiento de los inocentes en la figura de la niña, pero también la posición de los combatientes, duros en la batalla y sensibles con María. Todo ello en un lenguaje que alterna diferentes registros lingüísticos, entre los que destacan aquellos encaminados a mover el sentimiento ante la tragedia, en una función retórica persuasiva de su discurso muy efectiva.

En la línea del cuadro descrito anteriormente discurren los demás, con casos protagonizados por madres esperando la vuelta con vida de sus hijos de la batalla, mujeres jóvenes a sus maridos, hermanos a hermanos y otros en los que aborda problemas consustanciales al conflicto. Así, la historia contada en el cuadro dieciséis refleja las distintas formas en las que la guerra devasta a las familias y narra el caso de un anciano cuyo hijo no vuelve a casa y en medio de su intranquilidad encuentra una carta donde el joven le cuenta su alistamiento en el bando contrario; el padre entonces decide ir al campo de batalla y al creer avistar a lo lejos a su hijo en las líneas enemigas, muere. Se trata de un nuevo enfoque para, como se ha señalado, revisar todas las posibilidades de sufrimiento y dolor que un conflicto armado puede causar en el ámbito más íntimo del ser humano como es el familiar. Y en esta línea cabe señalar el vigésimo segundo en el que un hermano busca y halla muerto a su gemelo, entre lágrimas y dolor.

En una ocasión, Arenal recurre a un humor negro, ese que ella sabe demasiado negro, como sucede en una escena de ese mismo cuadro decimocuarto cuando una joven contesta a unos soldados que quieren ser alojados que no tiene habitaciones libres y que solo queda una en la que yace el cuerpo muerto de su madre; en la respuesta de los soldados se aprecia el grado de degradación y la profunda necesidad que la contienda ocasiona: "Más de doscientos muertos he visto yo hoy; no la despartaremos; ninguna ventaja saca de que nos helemos en la calle; después de todo no será de las peores patronas; a lo menos no gruñirá, y yo podré decir que las he tenido de todas las clases" (101).

En algunos textos la escritora se detiene en cuestiones que si bien no son directamente bélicas, sí son determinantes en una guerra. Dentro de este apartado, resulta interesante el cuadro quinto, en el que relata los efectos de la viruela, y especialmente el octavo, en el que se trata del asunto del correo en tiempos de guerra:

Nunca he podido ver con indiferencia un saco de esos que, llenos de cartas, están en la acera o en el andén de una estación antes de meterlos en el vagón o en el coche. ¡Cuántos corazones aguardarán palpitantes aquellos paquetes, que se manejan con tanta indiferencia

y con tal descuido! ¡Cuántas alegrías, cuántos dolores, cuántos desengaños, cuántos consuelos en aquellos papeles escritos, protesta apasionada del enamorado, última esquivez del infiel, señal de vida del hijo que se creía muerto, o prueba terrible de que ya no existe! (67)

Es significativo que este texto esté redactado en primera persona, pues Concepción Arenal no hace sino plasmar su vivencia desde el hospital en el que trabaja durante la guerra, desde el que vería llegar el correo y lo que su recepción supondría para los que lo esperaban. Y resulta curioso que en el relato de una contienda, la autora repare en cuestiones que casi se podrían calificar de intendencia, precisamente aquellas que considera fundamentales en su relato, pues son las que afectan a las gentes en el día a día.

En este mismo sentido se sitúa el decimocuarto, en el que se trata de la marcha, y afirma que lo más penoso de la guerra no es la batalla, sino la marcha, en la que las tropas enferman y llena de cadáveres los cementerios. Y como suele suceder en tantos otros momentos de su relato, Concepción Arenal personaliza la cuestión hablando del corneta Manuel, el cual viviría si no hubiera sido corneta y hubiera tenido que hacer frente a la dureza de su trabajo, y concluye: "Algún día se pensará en esto, acaso; pero debe estar bien lejos ese día" (125).

Otra característica de los *Cuadros de la Guerra Carlista* es que en ellos no hay localización geográfica, sí en ocasiones descripción de distintos paisajes, pero no topónimos, sino apenas la inicial de algún lugar: "En el pueblo de T." (95). En cuanto al tiempo, si bien se da cuenta del paso de las estaciones, muchos de los textos no llevan expresada la fecha, en otros sí, como en el sexto en el que comienza señalando que es 4 de julio de 1874. Sin embargo, frente a la imprecisión geográfica y temporal, no sucede lo mismo con las personas que protagonizan los hechos que relata, pues no sólo la niña María, sino que también otras aparecen individualizadas con su nombre, principalmente en el cuadro decimocuarto, con Andrea, Eusebio, la señora Juana o Luisa. Con ello, la autora resalta el valor humano por encima de las coordenadas espacio-temporales, y acerca a los lectores el drama y sus protagonistas, al sacarlos del anonimato.

En el cuadro decimoséptimo se produce un cambio con respecto al resto que integra el conjunto, ya que en él y de forma general la autora trata de la guerra; es una reflexión y una denuncia, clara y contundente: "El *derecho* es la medida, la circunspección, la dignidad, la lealtad y la violencia; *la guerra* es la temeridad, la violencia, la injusticia y la traición" (115), y resalta la inutilidad de los bombardeos, que asolan las plazas dejando indefensos a los pobres que las habitan. Pero no sólo en sus *Cuadros de la guerra Carlista* Concepción Arenal trata de este asunto, sino en otros muchos momentos de su ingente producción escrita; aquí y allá la autora vierte sus comentarios, avisos y denuncias hacia lo que considera fruto de la ignorancia y de la barbarie,

entre los cuales reproduzco un párrafo inserto en el vol. XIX de sus *Obras Completas* (485) que creo que sintetiza como ninguna otra cita su posición:

Vuelvo a hospital. ¡Cuán horrible es la guerra considerada desde él! ¡Qué de dolores, y de injusticias, y de maldades, y de absurdos, que no se habrían imaginado, se perciben desde este punto de vista! Se ha empezado, y es necesario continuar desenmascarando este monstruo, que se disfraza con apariencias humanas y hasta honradas; es necesario hacer penetrar la luz en esas cavernas donde inmola millones de víctimas a favor de la oscuridad de la ignorancia y del silencio de la conciencia; porque sólo los ignorantes y los perversos pueden lanzarse a las luchas homicidas a encomendar a la fuerza las soluciones del derecho.

Ya en ocasiones anteriores, la autora había escrito palabras profundas, de reflexión acerca de la guerra: "La guerra es el hambre, la peste, el robo, el asesinato, el sacrilegio, el olvido de todos los deberes, la violación de todos los derechos [...]" (O.C. vol. III, 205).

Estos escritos acerca de la guerra de Concepción Arenal se apartan, como he señalado, de las crónicas habituales, aun reconociendo las diversas formas en las que escritores y periodistas la han reseñado. En primer lugar, el tipo de texto elegido —cuadros—, en los que no hace referencia expresa al avance militar de carlistas y liberales, y opta por describir escenas cotidianas que retratan los efectos de la guerra en todas sus dimensiones, puesto que aborda el sufrimiento de las víctimas pasivas —madres, padres, esposas, hijos—, pero también de los participantes activos, como son los soldados. Además, como he señalado en páginas anteriores, no descuida el análisis de elementos inherentes a la contienda, que sin embargo, no son habitualmente tratados: las enfermedades (viruela), el correo en tiempos de guerra o la marcha.

Otra característica de estos cuadros tiene que ver con la personalización de la tragedia aportando el nombre propio de las personas que la sufren; si bien no se ofrecen datos espacio-temporales o éstos son escasos, sí refiere el caso concreto y el nombre del protagonista en cada situación. Con ello, consigue altas cotas de realismo al tiempo que subyace una denuncia de los efectos de la guerra individualizada en dichos nombres propios. De esta forma, la escritora obtiene la implicación del lector, pues inevitablemente se remueve ante el relato de tanto dolor. Además, se trata de una escritura no condicionada por encargo, ya que lo que le mueve a escribir de la guerra responde a una inquietud personal y a una necesidad de denuncia.

En cuanto al lenguaje, son numerosas las formas lingüísticas adoptadas, variadas las voces narradoras y a menudo recurre al estilo directo con la inclusión de diálogos; en cualquier caso, abunda el lenguaje enfático y muy poético a la vez, cargado de exclamaciones e interrogaciones retóricas, que añaden a los datos objetivos el patetismo deseado y la carga de denuncia que corre por todas las páginas del texto. Es un estilo claro, aparentemente sencillo, cercano al receptor y muy personal.

Con todo, Concepción Arenal consigue en estos *Cuadros de la guerra carlista* que el lector, al menos el actual, olvide que se trata de la experiencia personal de la autora en una guerra concreta, pues sus reflexiones pueden ser aplicadas a todas las guerras. Si hay imprecisión de fuentes informativas es porque sólo su vivencia es la fuente. La técnica es aparentemente sencilla en la forma y compleja en su análisis, pues va de lo particular a lo general; es decir, partiendo de casos concretos, de escenas de la vida cotidiana en tiempos de guerra y de las personas individuales que la sufren, Arenal consigue generalizar la idea de la guerra y sus consecuencias. Este paso de lo particular a lo general, y por tanto más abstracto, supone también una nueva forma de tratar la guerra, que partiendo de la expresión de situaciones concretas suministrada por la vivencia individual, extiende su denuncia ante todo tipo de conflicto armado en el que el género humano se ha visto y se verá inmerso. Por ello, es lícito afirmar que estos textos en su conjunto hay que entenderlos más que como una crónica de guerra al uso, como una declaración ética, moral y filosófica, una toma de postura personal que busca la denuncia ante la guerra, cualquier guerra, a través de un proceso inteligente y bien construido que traspasa la experiencia personal y se universaliza en sus propios términos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenal, Concepción. *Obras Completas*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1894-1913.
— *Cuadros de la guerra carlista*. Sevilla: Renacimiento, 2005.
Ezpeleta Aguilar Fermín. "Las guerras carlistas en la literatura juvenil". *Tejuelo* 16 (2013): 35-46.
Francos Rodríguez, José. *La mujer y la política españolas*. http://archive.org/stream/lamujerylapoliti00franuoft/lamujerylapoliti00franuoft_djvu.txt (12 de noviembre de 2013).
Pérez Montero, María Eugenia. *Revisión de las ideas morales y políticas de Concepción Arenal*. Madrid: Universidad Complutense, 2002.
Romero Maroto, Martín. *El Hospital del siglo XIX en la obra de Concepción Arenal*. La Coruña: Edit. Diputación Provincial de la Coruña, 1987.
Rújula, Pedro. "Una guerra literaria". *La Aventura de la Historia* 77 (2005): 59-63.